



Queridas hermanas:

Nos llegó la noticia que ayer, 2 de septiembre, en la enfermería de la comunidad de Buenos Aires Nazca (Argentina), a las 16 p.m. (hora local) el Padre bueno llamó a *pasar a la otra orilla*, a nuestra hermana

**TIBALDO CARMEN GUADALUPE HNA. MARÍA ELENA
nacida en Llambi Campbell (Santa Fe, Argentina) el 31 de marzo de 1935**

Pertenecía a una familia profundamente religiosa y había crecido en un ambiente fecundo de vocaciones, entre las que se encontraban el sacerdote paulino P. Domingo y sus primas, la Hna. Paulina, la Hna. Fidelis y la Hna. Inés. Entró en congregación en la casa de Buenos Aires, en Nazca, el 27 de diciembre de 1947, a los doce años de edad. En esa misma comunidad vivió el postulante y el noviciado, que concluyó con la emisión de los primeros votos, el 19 de marzo de 1953. Posteriormente se dedicó a las misiones itinerantes en las regiones de Buenos Aires y Mendoza y, tras la profesión perpetua, emitida el 19 de marzo de 1958, continuó con gran entusiasmo el ministerio del anuncio capilar del Evangelio.

En 1963 ya era superiora de la comunidad de Corrientes y, poco después, comenzó su larga y gozosa labor en las distintas librerías de la provincia: Mendoza, La Plata, Montevideo (Uruguay), Resistencia y Tucumán fueron los centros apostólicos que, a lo largo de los años, tuvo la alegría y el gusto de animar. Sobre todo, le había quedado grabado en el corazón el centro de Anatuya, en la zona más pobre de Argentina, donde había podido anunciar la Palabra también a través de Radio Solidaridad, una emisora diocesana que llegaba a las zonas más remotas de la provincia de Santiago del Estero.

Se sentía a gusto entre la gente y era feliz cuando podía introducir a las personas en el conocimiento de la historia de la salvación a través de las páginas de la Biblia. En las amplias y bien surtidas librerías promovía un ambiente de sencillez y acogida. Ella misma prefería los servicios secundarios, más discretos. E incluso cuando, durante varios mandatos, fue llamada a desempeñar la tarea de superiora en las comunidades de Tucumán, Buenos Aires, Montevideo y Anatuya, se distinguía por su espíritu de acogida y servicio: le encantaba lavar, planchar, cocinar y fomentar la hospitalidad. Sentía una especial predilección por las flores, sobre todo por las violetas de los Alpes, que cultivaba con pasión y reservaba para su Jesús. Cuando algunas situaciones comunitarias le causaban sufrimiento, superaba las dificultades cantando y alabando al Señor. Tenía una especial inclinación hacia las personas más pobres y hacia quienes llamaban a la puerta pidiendo algo de comer. Para todos tenía una palabra de consuelo y un plato de sopa.

La hermana M. Elena tenía un carácter bastante independiente, pero poco a poco el Señor la fue moldeando hasta hacerla dócil ante Él y ante las hermanas. La animaba una devoción especial por San Pablo y por la Reina de los Apóstoles, sin olvidar a San José, a quien consideraba el santo que facilitaba las cosas difíciles. Era asidua a la lectura de la Palabra de Dios y apreciaba con entusiasmo las oraciones paulinas.

Desde 2018 se encontraba en la comunidad de Nazca, en Buenos Aires, para cuidar su salud, al tiempo que seguía ayudando en la cocina y en el comedor. Poco a poco, a medida que su estado físico se fue agravando, su vida se centró cada vez más en los valores eternos y en la persona de Jesús, su Maestro y Salvador. Desde hacía unos meses utilizaba una silla de ruedas, pero hasta el final mantuvo la mente lúcida, capaz de alegrarse incluso por la última visita del Señor, en los sacramentos de la Eucaristía y de la unción de los enfermos. Estaba verdaderamente preparada para ir al encuentro del Padre y zarpar hacia el mar infinito de su amor.

Con afecto.

Roma, 3 de septiembre de 2026


Hna. Anna Maria Parenzan